

LA COLACIÓN DE GRADOS

El 8 de Agosto tuvo lugar, en los salones del Colegio de la Universidad, con asistencia del Ministro de Instrucción Pública doctor Carlos Ibarguren, el gobernador de la provincia de Buenos Aires doctor Juan Ortiz de Rozas, sus ministros, el Presidente de la Universidad doctor Joaquín V. González, decanos y profesores de las facultades, graduados y numerosas familias de La Plata y Buenos Aires, el acto solemne de la entrega de diplomas, del *Instituto del Museo*, Doctor en Ciencias Naturales, á: Teodoro de Urquiza. Doctor en Química y Farmacia: Vicente M. Isnardi. Doctores en Química: Nazario Alvarez, Dominga C. Lanza. Farmacéuticos: María Luisa Pereda, C. Ernesto Vital, Leonor Pelanda Ponce, Marcial Méndez, Rubén P. Millán, Juan Félix Maestri, Francisco del Carlo, Nicolás Calandriello, Enrique Bejarano, Alfredo O. Raffaelli, Leonardo Sivori, Antonio Fonseca, Luis Grianta, Víctor Bernaola, J. Miguel Reyes, Felipa Fondevila, María de los A. Brandam, Eugenia Ras, Rosa E. Comellas. Profesores de Dibujo de Enseñanza Secundaria: C. Olivia Duarte Indart. Dibujante Técnico: Elvira Vicentini.—*Facultad de Ciencias Físicas, Matemáticas y Astronómicas*, Doctores en Física: José B. Collo, Teófilo Isnardi, Ramón G. Loyarte. Agrimensor: Horacio B. Ricaldoni.—*Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales*, Doctor en Ciencias Jurídicas y Sociales: Hipólito Harispe. Abogados: Julio M. Calderón, Fernando de Andreis, Adolfo Fernández Basualdo, Casimiro Toranzo Calderón, Darío Fernández, Julio Moreno, Raúl F. Oyhanarte, David Linares, Gregorio Lecot, Antonio A. Goñi, Luis Reynal O'Connor, Justo Bergadá Mujica, Feliciano Rodríguez Vivanco, José R. Salas, Héctor Aceguinolaza, Fernando S. Agrelo, Anselmo Luna, Demetrio Rodríguez, Ansaldo David Cordeviola, Juan Pelitti, Julio Oscar Ojea, Mario A. Esteves, Raúl Díaz.—*Sección Pedagógica*, Profesores de Enseñanza Secundaria en Pedagogía y Ciencias Afines: Carolina Carranza, Dominga Becchio, María Isabel Scott, Isabel C. Rivero, María P. Mauriño, Modesta Remón, María Amelia Nosedá, María E. Lockhart Giménez, María E. Vieyra, Santiago Cámpora, Lino Adolfo Pérez, Miguel González, Alberto Varela. Profesor de Enseñanza Secundaria en Historia Argentina é instituciones jurídicas: David Cordeviola. Profesores de

Enseñanza Secundaria en Química: Rufina de los A. Brandam, María Luisa Pereda, Leonor Pelanda Ponce, Juan Antonetti del Valle, Octavio Córdova. Profesor de Enseñanza Secundaria en Anatomía y Fisiología: Antonio Grossi.—*Facultad de Agronomía y Veterinaria*, Ingeniero Agrónomo: Cristóbal Giagnoni. Doctores en Medicina Veterinaria: Antonio Grossi, Teodosio D'Andrea, Juan P. Ramos, Julio A. P. Lagrange, Pedro Brocca, Gerónimo Ochoa Satrústegui, Uvo Vagni, Federico Robasso.

Discurso del Presidente de la Universidad, doctor Joaquín V. GONZÁLEZ.—Excmo. señor Ministro de Instrucción Pública: Excmo. señor Gobernador: Señoras, señores: Por la cuarta vez la Universidad de La Plata, en cumplimiento de los mandatos de la ley y de los estatutos, realiza en acto público, la entrega de sus títulos a los estudiantes que han terminado un ciclo completo de sus cursos académicos; y esta vez puede sentirse complacida al poder ornar con el lauro auspicioso de su autoridad científica, á numerosos hijos de sus cuatro facultades y de sus varios institutos técnicos, los cuales salen de ellas provistos de las armas é instrumentos para la lucha ó la labor profesional, en las variadas esferas de la vida de la sociedad de donde vinieron y hacia la cual vuelven, llenos de promesas y en frente de las primeras graves responsabilidades.

Ofrece así la nueva universidad, surgida en hora propicia en el seno de esta ciudad nueva, capital de la gran provincia de Buenos Aires, los frutos cada día mejor sazonados, de su intenso cultivo de almas, de su activo taller de educación específica, de los artífices del progreso argentino de la actualidad y del futuro. Como he dicho otra vez en esta misma tribuna, la nación, por la obra de la universidad, comienza á devolver á la provincia, en cuya capital ella tiene su sede, transformadas y adaptadas á la nueva vida, á través de treinta y tres años, las cabezas directivas de que la federalización de Buenos Aires la despojara, en la última de las crisis orgánicas de la república constitucional. Y puedo agregar que empieza á restituirlas mejoradas, porque, por mucho que valiesen aquellos elementos, no es agravio afirmar que la época en que vivieron solo podía ofrecerles el caudal de virtudes primitivas, heredadas de los grandes antepasados comunes, suficientes para la realización de los hechos políticos en que fueron actores beneméritos, pero insuficientes para dotar á la masa gobernada, del caudal de cultura y aptitudes colectivas para la vida democrática.

Ya hizo bastante aquella generación por el engrandecimiento de la patria, al desprenderse unos de sus tradicionales y respetables fueros de ciudad dos veces metrópoli, y siempre luminoso guía del núcleo rioplatense, y otros, al acudir por última vez á las vías de la fuerza, para justificar las soluciones definitivas de los problemas fundamentales, que — parece ser ley histórica ineludible de todos los pueblos — siempre han de sellarse con sangre de hermanos. Ellos despejaron, así, á costa de cruentas heridas, la selva oscura y brava de las viejas discordias, no bien desbrozada en Caseros,

ni en San Nicolás, ni en Cepeda, ni en Pavón, y pasaron á la región de los inmortales, después de señalar á sus descendientes la ruta de las conquistas futuras, que ya algunos de sus conductores luminosos, se anticiparon á trazar por las escuelas y colegios y la iniciación de los altos estudios científicos.

Solo la enseñanza difundida á manos llenas, como las semillas dispersas por los vientos, podía desde entonces preparar en las conciencias la final conciliación decretada por los protocolos, pactos y estatutos constitucionales. En esas tres décadas el progreso de la razón pública y la transformación de la vida, han sido tan intensos que apenas podrían imaginarse aplicables á la sociedad de hoy los procedimientos de aquel tiempo, y hoy serían aplicables las palabras con que empieza su reciente libro el presidente Wilson, arrancado para la gobernación de Nueva York y para el Capitolio, desde su sillón y cátedra de la universidad de Princeton: «Nos hallamos en presencia de una nueva organización de la sociedad. Nuestra vida ha roto con el pasado: la vida de América no es la de hace veinte años; no es siquiera la de hace diez años. Hemos cambiado nuestras condiciones económicas desde la cima hasta la base; las viejas fórmulas políticas no llenan los problemas del presente; son leídas hoy como documentos de una edad olvidada... La vida de la nación ha crecido en una variedad infinita. Ya no gira en torno de cuestiones de estructura gubernativa ó distribución de poderes del gobierno: ella gira ahora en torno de cuestiones de íntima estructura y funcionamiento de la sociedad misma de la cual el gobierno es un instrumento».

Es la obra y el resultado, allá, de cerca de siglo y medio de vigorosa vida institucional, y aquí, de escaso medio siglo de existencia ordenada y normal, y en la relatividad de crecimiento y cultura, las condiciones de la vida argentina de hoy son tan distintas de las del año 1880, como las de la nación de Wilson, con relación á la de Wáshington. Escuelas, colegios y universidades, en la más amplia concurrencia y disposición, han elaborado la más grande democracia del mundo; y solo escuelas, colegios y universidades, no obstante la mezquina visión de todas rutinas acumuladas sobre nosotros, han de acercarnos á la construcción de la poderosa nacionalidad que soñamos los argentinos en la América del Sud. La Inglaterra puede más en la asimilación de sus Indias y Oceanías, y en la consubstanciación afectiva y mental de su África extrema y América, y en la penetración pacífica en el corazón de la China, por sus universidades que por sus acorazados y sus ejércitos, y aún ha encomendado á la tarea combinada y cooperativa de las cincuenta y dos universidades de su Reino é Imperio, la obra que habría sido secular, de la unificación y cohesión molecular de la más vasta, variada y heterogénea asociación de pueblos que hayan conocido los hombres.

La sola política puede ser una escuela práctica de hombres y costumbres de gobierno; pero aunque fuesen buenos, en su empirismo ineludible, nunca pasarían sus efectos de la generación militante ó contemporánea. Solo la cultura intensiva, desde la escuela

á la universidad, puede llevar la acción hacia el futuro, hacia la nación del mañana, al sembrar en las almas de hoy las semillas de larga y prospectiva germinación.

No es suficiente poder decir que tenemos hoy donde elegir buenos ó inmejorables hombres de gobierno, sino el poder afirmar que estos habrían de tener continuadores en una serie interminable de generaciones. Y el autor eminente de «The new preedone» agregaría que no cree en que Sud América sea grande por tener hoy en su seno grandes hombres sino en la proporción en que pudiera asegurar el tenerlos en la generación venidera; y ella es rica en sus niños aún no nacidos; rica, es decir, si esos niños aún no nacidos ven la hora del sol en un día de acción fecunda ó en un día en el cual puedan desplegar sus energías al igual de su voluntad y no bajo la condición alternativa de «empleados ó nada», ó bajo la presión de los monopolios reglamentados de los grupos industriales ó políticos privilegiados.

Recuérdese, en cuanto á nosotros, que al mismo tiempo que la educación escolar y universitaria, obran sobre nuestra informe masa las influencias externas de la plétórica Europa, que, al amparo de las puertas abiertas de la Constitución y de los ríos navegables de 1853, nos envía sin tasa ni medida sus desbordamientos, sus impulsos, sus despojos, sus energías, sus nuevas modalidades, sus degeneraciones, sus reactivos, sus virtudes, sus vicios, sus sabias enseñanzas y sus hondas perturbaciones é inquietudes. Por eso, expuesta á la acción de tanta fuerza concurrente, de adentro y de afuera, la sociedad argentina se halla agitada por una poderosa corriente transformadora, que deja ver tanto fenómeno incomprendible é incomprendido por el criterio común de nuestra vida política. Y solo el estudio metódico é intenso de las leyes sociales, en su infinita variedad de razas y climas, realizado en el sereno ambiente de estos laboratorios clínicos que son las aulas universitarias, puede extender á la inteligencia colectiva la penetración sintética y fácil de aquellos fenómenos que tanto sorprenden y perturban el criterio empírico de la multitud.

Nuestro suelo y nuestro medio social es, por tal modo, el teatro de una lucha gigantesca, entre las oleadas de afuera que tienden por acción natural á absorber el alma nativa, y las influencias étnicas y centrípetas de la tierra y de sus núcleos arraigados y tradicionales, que tienden á su vez á absorber y fundir en su masa los aluviones humanos de las viejas civilizaciones.

La atracción invisible de la tierra y del clima, con sus provechos y sus dulzuras, los predisponen, sin duda, á recibir con mayor eficacia la acción asimiladora de la conciencia y de la energía nacionales, formadas y vigorizadas por la difusión progresiva de la cultura contemporánea en la totalidad de la masa nativa.

Estos dos factores combinados serán siempre invencibles en esa fuerza permanente entre los dos focos de energía: la tracción no podrá descuidar la alimentación de esa fuente de su potencia absorbente; y ha de ser dentro del más alto concepto de la cultura contemporánea, que hace la fuerza dominadora de la Europa sobre

la América latina. «Esa ciencia moderna, — que decía el año pasado Sir Arthur James Balfour, en el Congreso Universitario de Londres, — que no puede ser ignorada (por ningún pueblo) porque, llega á él con todo el enorme prestigio que resulta de su éxito material. El conocimiento científico, y el creciente concepto de la naturaleza y carácter del mundo en que vivimos, no es una mera abstracción: él viene armado con ese prestigio más vulgar y más impresionante, debido al hecho de que de él han nacido tantas artes de la vida y tantas cosas que han hecho á las razas tan poderosas, tan ricas y tan prósperas». Nosotros, en contraposición, si no podemos oponerles prestigios semejantes, podemos oponerles las ventajas y las seducciones de la tierra misma, abierta y fecunda á su trabajo y aplicaciones industriales, que al arrancar su provecho y convertirse en bienestar efectivo, adhieren un lazo inquebrantable al núcleo adventicio hasta asimilarlo y transmutarlo en su propia substancia.

Fundada y desarrollada la enseñanza de las universidades nuevas, sobre las bases del estudio experimental de las múltiples fuentes de la vida, y la riqueza, y orientadas aún las ciencias especulativas hacia las finalidades actuales y prácticas, en todos los órdenes, é incorporadas á ese sistema las nuevas universidades argentinas, no pueden tener la influencia de aquellos prestigios externos, natural é inevitablemente invasores; porque ellos realizarán el doble trabajo de fortificación y de defensa incontrarrestables: forjarán adentro la unidad social de la Nación, por la armonía íntima del orden natural con el orden político, y crearán así, por la misma cohesión del organismo interno, la grande é invulnerable fortaleza contra todo género de fuerzas conquistadoras del exterior.

Y bien, señores, en el pensamiento orgánico de esta Universidad se contienen esos problemas y esos efectos: ellos irán despejándose y produciéndose en las sucesivas evoluciones de sus enseñanzas por los métodos más avanzados que la misma experiencia revela cada día. Libre de los reatos tradicionales y á veces infranqueables de seculares legados, procura al propio tiempo difundir su ciencia en el mayor espacio posible dentro de la masa social, y ahondar por la investigación los problemas más específicos que por su misma intensidad, se hallan menos al alcance de los núcleos numerosos de estudiantes. Ella provee de una suma suficiente de cultura y aptitudes profesionales á todos aquellos á quienes la lucha de la vida llama con urgencia á sus labores lucrativas; y también reserva un retiro inviolable; y silencioso al que, penetrado del ansia suprema de la alta investigación científica, se siente consagrado á ella por esa ignota atracción é inspiración de la verdad, en las profundidades del suelo, en los sutiles organismos de la vida vegetal ó animal y en los azules abismos del espacio infinito, y en otros abismos, acaso más negros é impenetrables del alma humana.

«Doctores, maestros y profesionales en casi todas las ciencias que la Universidad cultiva, vienen hoy á recibir la última consagración de sus esfuerzos y vigiliadas pasadas en las aulas, los cua-

les se compenetraron de sus anhelos superiores, y se calentaron con los generosos sentimientos de fraternal compañerismo, características de sus nacientes tradiciones y costumbres. Dejan todos ellos la impresión de su paso y el recuerdo de sus voces, para ir formando en su ambiente esa indeleble huella de generaciones, que hace la incomparable grandeza de las Universidades seculares de Italia, Alemania é Inglaterra y crea en las de Norte América esa inmensa paternidad democrática de la nación entera, mucho más uniforme é indivisible que las definidas en las constituciones y las leyes. Porque nosotros, además, hemos emprendido la olvidada misión de la universidad «educadora» á la vez que instructiva, en la creencia de que, en los núcleos fraternales del colegio, prolongados en las aulas facultativas y después en los estrados profesionales del mundo externo, se elaboran las uniones más extensas y fecundas de la vida colectiva de la nación, para fundar ó consolidar en su medida, la gran conciliación de los núcleos sociales, que las tormentas de nuestra historia, narraron á la época presente, dispersas, disgregadas, antagónicas, como náufragos de una vasta expedición lanzada por el agitado océano en diversas regiones de nuestras dilatadas tierras.

Todos los laureados de hoy son, pues, en la vida pública ó en la privada del trabajo y del estudio, otros tantos obreros de la interminable labor de la grandeza y bienestar de la Patria común, y una dilatación en espacios más vastos de las fuerzas efectivas ó mentales que la Universidad, por sus maestros y sus estímulos, hubiera contribuido á acrecentar ó pulimentar en ellos. Estoy seguro que llevarán á la esfera en que les toque actuar ó luchar, un espíritu sereno y confiado en el valor de la ciencia y en la eficacia invencible de la cultura, en toda humana contienda, tanto más en aquellas que se libran entre hermanos, por ser alimentados por la misma «alma mater» y miembros de la misma comunidad política y nacional, cuya supervivencia y triunfo entre todos los reinos de la tierra dependerá de la forma de cultura y potencia mental que le aporte sucesivamente á todos sus hijos.

Antes de abrir definitivamente este acto, el más solemne de cuantos se practican en la vida académica de nuestra universidad, quiero colocarlo bajo los auspicios del Excmo. señor Ministro de Instrucción Pública de la Nación, vinculado á ella no solo por la alta investidura, sino también por la enseñanza y por sus elevados y nobles anhelos de cultura y cálidos estímulos á los afanes del estudio; y del Excmo. señor Gobernador de la Provincia, quien, además de su carácter de patrono natural, tiene para esta casa el título muy singular de haber contribuido, como ministro del gobernador Ugarte, á su fundación y á su establecimiento definitivo, en cooperación con el gobierno nacional, bajo la inolvidable presidencia del doctor Manuel Quintana. Agradezco la presencia de los altos funcionarios de la nación y la provincia que contribuyen al mayor realce

de esta ceremonia y de las nobles damas platenses, que tanto alientan en todo caso con su asistencia frecuente, la labor de maestros y alumnos y declaro abierta la cuarta colación de grados y títulos de 1913.

Del señor Ministro de Instrucción Pública. — Señores: El ambiente de esta casa me es familiar. Estoy vinculado á la Universidad, he sido catedrático en ella y al presidir este acto, como ministro de instrucción pública, siento pugnar en mí al profesor que me reprocha su separación de la docencia. Recobre el profesor, siquiera un momento, sus derechos perdidos y hablemos aquí, entre nosotros, de nuestros asuntos.

Fuera injusto afirmar que los establecimientos de enseñanza superior son en nuestro país «fábricas de doctores», generadoras de productos moldeados sin disciplina científica. Hoy, felizmente, tampoco persiste con la intensidad de antaño el unánime anhelo doctoral.

Otras sendas han sido abiertas: técnica del comercio y de la industria, educación estética, desenvolvimiento de ciencias aplicadas á las faenas agropecuarias, especulaciones desinteresadas en letras y en filosofía; y por último, esta nueva universidad nacional, que alzó su complejo y fecundado organismo con una rapidez sólo comparable á la del génesis de la ciudad que la domicilia.

Sin reatos arcaicos que comprimieran su libre desarrollo, este instituto adquirió desde su iniciación una personalidad original.

Buenos Aires, Córdoba y La Plata, presentan tipos diversos de nuestros altos estudios. Me felicito por ello; no hay nada más artificial que la uniformidad. Las universidades deben nutrirse de la vida que la ciencia trata de explicar y ser exponentes seleccionados de las diferenciaciones que la misma vida crea.

La estructura y el régimen en estos centros no son factores esenciales de eficacia; es el método de trabajo en las aulas y laboratorios el que funda la institución científica ó la convierte en una repartición burocrática, expedidora de diplomas oficiales.

Tengo fe en la obra de nuestras universidades y creo que de ellas saldrá el aporte que ya debemos á la verdad y al arte.

He pronunciado hace poco tiempo, en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Buenos Aires, en un acto análogo al que celebramos, palabras que juzgo oportuno repetir aquí: «La mentalidad argentina, vivaz y asimiladora, se modela y nutre deficientemente. Es superficial y ligera. No hemos cavado aun la fuente recóndita de la idea y de la belleza. Carecemos de personalidad, somos imitadores y disimulamos con apariencias. Nuestro sistema educativo contribuye á la repetición fácil y á la súbita erudición. Este es el resultado de la enseñanza puramente libresca y frondosa que perturba la disciplina mental, como la oleografía el gusto estético. Fórgase así un ordenamiento de frases hechas y de nociones editadas que al extraviar el criterio, conduce con petulancia á las fórmulas verbales como solución de todas las cuestiones. Pensar no es exponer lo que otros dicen, ni educar es transmitir lo que se ha leído.

La juventud, requiere se la oriente, se estimule la acción é inicia-

tiva propias y se aplique la docencia, en cuanto sea posible, al análisis y conocimiento de nuestro medio.

El problema de la instrucción pública es el de la inteligencia argentina y no se lo resolverá con leyes ni decretos, sino enseñando y propendiendo con el ejemplo á que los jóvenes observen, mediten y obren por sí mismos. Entonces brotará copiosa la savia henchida de fecundidad».

No existen, entre nosotros, corrientes tradicionales que deformen la espontánea floración intelectual. El espíritu académico no cohibe nuestro pensamiento cosmopolita y podemos recibir sin prejuicios, con la mente abierta, todas las formas y todos los métodos para labrar con ellos nuestra propia substancia. Auguro frutos espirituales copiosos y sanos; así como de la fusión de razas esperamos el próximo advenimiento del nuevo tipo argentino, embellecido por la selección.

Jóvenes graduados: Os diré lo que recomendaba á mis discípulos: llevad siempre con vosotros, amor, sinceridad y tolerancia; emancipaos del libro; huid de la estéril repetición y de la verba engañadora.

Del señor Mario Estévez. — A continuación, ocupó la tribuna, en representación de los colados, el abogado señor Mario Estévez, que supo responder dignamente, pronunciando un discurso lleno de interesantes conceptos y que ponen de relieve sus singulares condiciones de estudioso y de orador.

Señoras: Señores: Si es motivo de sana alegría para el sembrador, el momento de la recolección en que los campos exhiben en la rica cosecha, el premio de los esfuerzos y trabajos de un año de sacrificios, cuánto más grato y consolador ha de ser para el sembrador de ideas, el instante en que vé á salvo de vientos y granizos los frutos de sus desvelos y cuidados.

Y si los frutos del sembrador campestre pudieran por un segundo apreciar los sentimientos que despiertan las ilusiones y proyectos que ante su gallardía se formulan, llenos de orgullo habían de recoger en sí mismos todos los recursos de la vitalidad, todas sus energías, para aparecer más valiosos y dignos ante las esperanzas puestas en ellos.

Tal es, señores, nuestra situación en este momento solemne en que beneficiados por el trabajo constante y paciente del hogar universitario, representamos el producto de un ciclo de labor.

Tal el motivo de esta auspiciosa fiesta, y tal la causa de nuestra turbación, pues habéis venido á formar marco solemne á este acto, imponiéndonos — aun más — de su trascendencia: somos nosotros, escaso núcleo de jóvenes de buena voluntad, los que apartándoos de la tarea ordinaria os hemos congregado á solemnizar el acto en que se nos entregan las armas que han de ser nuestra defensa en la senda á recorrer.

Cuando en otros tiempos se realizaban estos actos en las universidades, un ceremonial severo exigía que, previa la acción de gracias de ritual al Todopoderoso, que se reputaba fuente de toda sabiduría, dieran los graduados una muestra de su competencia en disertación

científica, para luego prestar juramento solemne de defender la fe católica y combatir la herejía é infidelidad.

Hoy, que el progreso de la ciencia nos ha hecho más modestos, y se ha circunscripto el campo de las investigaciones científicas á los límites de lo humanamente cognoscible, la acción de gracias y el juramento religioso quedaron fuera de lugar; pero el corazón humano, que ha gustado siempre de las concepciones y símbolos visibles formula en estos actos sus votos y promesas y á fuer de noble, reconoce méritos. La prueba de competencia que en disertación científica se daba antaño, cedió su puesto á la palabra sincera y agradecida de los que, por obra de la universidad, salen al mundo á la conquista del ideal.

Tal es mi misión de hoy, misión sencilla y honrosa, pues no os he de cansar con disquisiciones difíciles — fuera pedantería — sino que en expansión gozosa, daré salida á las emociones que embarguen mi espíritu en este momento.

Momento de aquilatar mérito y responsabilidades, y de promesas futuras.

De méritos y responsabilidades, porque el joven hogar universitario al exponer el fruto de su labor, afronta con serenidad y confianza el juicio de su obra.

Hace muy pocos años, tan escasos que los acontecimientos están aun en la memoria de todos, que un reducido núcleo de personas trazaba los lineamientos generales de la que es hoy Universidad Nacional de La Plata. Habían concebido la realización de un vasto plan universitario, llamado á satisfacer todas las necesidades espirituales de la obra presente. Pocos creyeron en el triunfo. ¡Tanto se había calumniado nuestro ambiente intelectual! Hasta tal punto se había difundido aun entre nosotros el grosero prejuicio europeo que nos supone tan ricos en lanas y trigos, como indigentes de cultura y ciencia, que se creyó que la realización de tal idea, era una hermosa utopía propia de imaginaciones calenturientas. La idea soportó, como todas las ideas buenas, embates, contradicciones y adversidades. Afortunadamente tenía en sí tal vitalidad, tan apropiadamente respondía á las exigencias de su hora, y tal fe en ella tenían los hombres que la sustentaban, que la idea se impuso. Las adversidades sirvieron para que la semilla echara más hondas raíces y fuera á buscar en el fondo de la conciencia pública la roca viva en que había de asentarse incommoviblemente.

La idea triunfó y asistimos alborozados, ante la admiración y alegría de todos, al nacimiento de un nuevo organismo universitario fuerte y poderoso que erigió en el país un nuevo altar á Minerva encendiendo un nuevo foco de cultura y civilización.

Nuevo, señores, no solamente por la fecha de su fundación. Nuevo, porque desechando los moldes clásicos abrió sus puertas á las modernas enseñanzas y fué á buscar en las necesidades de la hora actual los principios básicos de su organización. Nuevo, porque en forma nunca practicada ensanchó el campo universitario dando cabida en él á todo lo bueno, creando los institutos más modernos, con los métodos más eficaces y las prácticas más útiles.

Ante la vitalidad de la obra, las oposiciones cejaron, y pasó pronto, por fortuna, la hora difícil de la lucha exterior y del trabajo de organización y se mostró la institución asentada sobre bases duraderas y firmes.

Ahora que se ha entrado de lleno en la labor intensa docente y educativa, es deber de estricta justicia para todos, rendir aplauso de admiración y agradecimiento á los hombres-idea que con esfuerzo denodado y valiente aseguraron el triunfo de la causa noble.

Sea en buena hora nuestro aplauso justo y sincero al trabajador incansable, luchador constante que preside esta universidad y que desde sus primeros pasos la ha guiado al floreciente estado en que hoy se encuentra.

Señor presidente: la que ayer velábais, planta débil, expuesta á todos los peligros y de futuro problemático, es hoy árbol frondoso y fuerte que ha florecido y fructificado. Ya desafía los huracanes y no teme peligros: podéis estar satisfecho de vuestra obra.

Ocupen un puesto de honor los colaboradores modestos de las primeras horas. Y hagamos también, señores, obra de justicia, recordando en este acto solemne y auspicioso, el nombre del gobernante de Buenos Aires, que con visión de estadista patriota y amante del progreso de su país, proporcionó á la nación, con la cesión de los institutos y facultades de la extinguida facultad provincial, los cimientos de esta obra magna. Por ello son acreedores al recuerdo de los universitarios platenses, don Marcelino Ugarte y el gobierno de Buenos Aires, que mediante una sabia ley-contrato aseguró la estabilidad de la nueva institución.

Pronto pasaron los tiempos de lucha. Como en el campo inculco que hay que conquistar primero para poder luego roturar y sembrar, así, señores, ganada la batalla inicial, las energías se dedicaron á la labor intensa, fecunda y remuneradora.

Las universidades modernas como la nuestra, tienen una doble misión social de grande trascendencia. Una es la general de todos los tiempos y de todas las universidades, de preparar individuos aptos para el cumplimiento de las funciones que debe desempeñar el hombre en la sociedad: la función docente de preparar profesionales que han de ser después el índice de la cultura del país. Hombres dirigentes, hombres-cerebro que guíen en su desenvolvimiento las corrientes de la actividad nacional: hombres-guía, hombres-bandera que orienten las fuerzas vitales hacia un ideal de perfección. Y también hombres sencillos conscientes de sus deberes y de su importancia como unidades sociales, que en la anónima tarea diaria enseñen á los demás la práctica de las virtudes ciudadanas.

La otra función de las universidades modernas, función más compleja y difícil es la de promover y propiciar el progreso de las ciencias. No constituyen simples almacenes distribuidores de los conocimientos que se poseen en un momento dado: son eso y algo más grande; son el laboratorio siempre activo y humeante, en trabajo perpetuo, donde se sondea el misterio oculto del por qué de las cosas y se escrutan las manifestaciones de la fuerza ignota que anima el universo, ya reduciendo la materia á sus últimos elementos en la retorta del químico, ya acechando en la máquina ultrapotente la energía misteriosa que aprovechamos y no comprendemos, escrutando en los últimos repliegues de la conciencia humana los oscuros movimientos que se presentan al psicólogo bajo la forma de voluntad, inteligencia, energía, vida, buscando los motivos determinantes de las acciones humanas, los fundamentos y razón de ser de la organización social, las ocultas y maravillosas energías que convierten al individuo en cifra cuando una pasión colectiva lo arrastra! ¡Grande y fecunda es la labor universitaria! Con la mirada fija en el porvenir, pronta á avisorar é indicar los peligros, desentraña el pasado, investiga el presente y asegura el futuro.

Cada época en la historia ha tenido un rasgo que ha sintetizado las aspiraciones é ideales de los hombres y su educación. Fué primero la guerra salvaje de rapiña y estrago que perduró por largos siglos, hasta el aniquilamiento de los unos y el engrandecimiento de los otros. Siguióle la época religiosa, que fué una variante de la primera. Con torrentes de sangre, se impusieron los credos unos á otros sucesivamente hasta que mitigado el furor quedó la época netamente religiosa en que desaparece todo ideal que no sea el que esta idea engendra. Vino luego el despertar democrático con sus luchas enconadas: el ideal religioso cedió su sitio al ideal de libertad. Y en los tiempos que corren se inicia, señores, la época universitaria.

La experiencia de tantos desengaños ha enseñado á la humanidad que el remedio eficaz para sus males está en su mejor conocimiento y el engrandecimiento y progreso de los pueblos depende hoy de su grado de cultura. Inglaterra es más grande y poderosa por Oxford y por Cambridge que por el enorme poder material de que dispone: éste es hijo de aquél. Y Alemania que ayer despertara á excelsos destinos es la nación universitaria por excelencia. Las demás naciones han progresado en la medida de sus instituciones de cultura.

Esta es la obra de la universidad moderna. Por eso en esta hora de íntimo orgullo nos anima la satisfacción de ver en nuestro hogar universitario una de las más firmes columnas del progreso del país.

Es también la presente, hora de promesas y votos futuros. Como otrora juraban nuestros colegas de algunos siglos atrás defender la fe y combatir la herejía, nosotros los caballeros noveles hemos de formular los votos que pongan de manifiesto las fuerzas que nos animan, los ideales que nos guíen.

Compañeros de aula y de universidad; los que hasta ayer hemos venido á esta casa en demanda de fuerzas y de energías: ya se ha cumplido el rito solemne que nos lanza á la lucha armados de armas nuevas é invencibles: el momento no ha de ser sólo de halagos y de plácemes. Esta gente que nos rodea no ha venido tan sólo en son de regocijo: viene en demanda de obras para lo futuro.

Este título que hoy se nos entrega, no ha de ser un simple instrumento de trabajo individual egoísta. El eterno antagonismo entre el Bien y el Mal es hoy batalla entre Ciencia é Ignorancia, Civilización y Barbarie: la lucha no se ha extinguido ni aún mitigado. Nuestro puesto está en ella.

Como el hidalgo manchego, varón de leyenda sublime, consagramos nuestras energías al triunfo del ideal de justicia, al servicio de la causa buena de la patria y de la causa noble de la ciencia.

No al culto ingenuo de la patria, hecho de admiración simplista y primitiva. El paso que nos une y vincula, sea escuela educativa, pero el presente y el porvenir sea el objeto de nuestros desvelos: ella nos da materia para el trabajo. Los problemas del presente esperan solución, trabajando en ellos se engrandece á la patria.

Señores: No hemos venido á esta reunión para despedirnos: no nos retiramos: avanzamos. Venimos á unir nuestras fuerzas á las de los que nos han precedido en el trabajo por la ciencia y por la patria.

Tal será, señores, la concreción de nuestros ideales, la orientación de nuestros esfuerzos, la meta de nuestras ambiciones.

El engrandecimiento constante de la tarea de nuestros afectos, que el brazo de nuestros abuelos delimite entre las más hermosas y feraces tierras del universo; su exaltación á los primeros rangos del mundo, mediante el trabajo ordenado, la ilustración general y la cultura progresista.

Sea, señores, nuestra divisa, la de nuestro hogar universitario. ¡Por la ciencia y por la patria!

Del señor Carbó. — Excmo. señor Ministro de Instrucción Pública: Excmo. señor Gobernador de la Provincia: Señor Presidente: Señores decanos: Señores: «No hay placer comparable al de mantenerse en las alturas de la verdad», según la afirmación de Bacón. Si me fuera dado alcanzarlas y sostenerme en ellas cuando llego jóvenes graduados á hablaros en circunstancias tan honrosas para mí, escucharíais sólo expresiones gratas á vuestras almas abiertas á la esperanza y dispuestas á las ternuras de amable despedida, en vísperas de un aparente alejamiento de vuestro hogar espiritual.

Habeis triunfado en las pruebas de la primera jornada de vuestra vida y, armados para la otra — la indefinida é incierta — vais á emprender la tarea llevando sobre los hombros la responsabilidad que hasta ayer pesara sobre vuestros rectores y maestros. Con el espíritu de la casa llevareis su nombre y su fama, más á merced de vuestros triunfos ó reveses, que de los esfuerzos continuados y silenciosos de los que permanecemos guardando el fuego en el ara, á la espera de las corrientes renovadoras que la alimenten con el aporte

de vuestros trabajos, que seguiremos con amor, y cuyos frutos recogeremos como avaros. Será ese el vínculo que haga sensible la unión de los esfuerzos en la unidad de miras anhelada para la suprema aspiración de la unidad moral de nuestro pueblo.

Iniciarse en el estudio de las ciencias fundamentales con fina penetración de sus métodos de formación constitutiva y de sus relaciones, es iniciarse en la unidad intelectual que defiende contra la dispersión de las almas en cuanto las aptitudes mentales han de aplicarse á las ciencias derivadas, á los estudios de especialización á que llevan las exigencias inexcusables de la vida real. Tal es el concepto en que se informa el credo filosófico de esta universidad, y tal la convicción que ha procurado arraigar en el espíritu de sus alumnos en el transcurso breve pero ya fecundo de su vida.

La universidad ha logrado salvar el principal escollo que podía surgir como una consecuencia de aquel propósito definido de unificación espiritual: la imposición reglamentaria. Para su fortuna y para su gloria ha confiado en las solas virtudes del espíritu científico para el encauce, el endicamiento, diría, de las variadas y diversas corrientes mentales que debía abrigar en su seno; y esa confianza la ha extendido hasta los propios alumnos, los cuales se disciplinan y se rigen sin sacrificar su personalidad en lo mínimo, y bajo el imperio de sus propias decisiones, acrecentando su dignidad individual. Hace, pues, escuela de la vida. No quiero decir que es ya un instrumento perfecto, que no arroje saldos desfavorables en los balances parciales; pero éstos no invalidan lo fundamental de la obra, que no ha de consistir en la mera formación de profesionales competentes en mayor ó menor grado, sino, ante todo, en su contribución moral en pro de los ideales de prosperidad social y engrandecimiento de la nación, procurando llegar á ellos por el camino difícil, sí, pero atrayente, de la cultura científica.

Estais convencidos de que los estudios iniciados no tienen término, porque no tienen límites trazados los humanos conocimientos en punto á la extensión que son susceptibles de alcanzar; debeis sentirlos, por eso mismo, obligados á decidirlos por aquéllos que os atraigan por la elección profesional, por inclinación natural del espíritu y por dotes especiales que favorezcan aptitudes descubiertas en la tarea preparatoria. Debe estimularos el saber útil, y á las veces necesarios, para enriquecer el patrimonio común. Parecerá á veces modesto y oscuro el trabajo, sin valor el esfuerzo, sin utilidad el resultado; pero si en la tarea se pone el alma con el sincero anhelo de servir, el solo esfuerzo la dignifica y, á veces, la fecunda, y brota, no por inesperada menos preciosa, la verdad que se ocultaba á las miradas comunes y que la fortuna puso al alcance del oscuro explorador. Ningún esfuerzo noble ha de perderse; ninguna capacidad ha de quedar inactiva en la milicia social.

La ciencia es, según la expresión de Poincaré, «una obra colectiva, y no puede ser otra cosa»; es, agrega, «como un monumento cuya construcción exige siglos, y al que cada uno debe aportar su piedra, y esta piedra le cuesta á veces toda su vida». . . ¡No importa. . . hay que trabajarla y tallarla, siquiera cueste tanto! En la

obra colectiva, es la tarea del común de los estudiosos; ¡son tan pocos los que construyen, aun con el aporte de los demás! Pero los hay, y es esa la preciosa compensación de la secular labor humana. Surge á veces el sabio que acumula los elementos, que reúne y ajusta las piedras seculares, que colma los vacíos á fuerza de inspiración, que inventa, crea y profetiza, y que al conjuro de su genio, levanta el monumento, reconstruyendo un mundo; explica el mecanismo y la vida de los seres, da leyes á la naturaleza y la obliga á reflejar todo el esplendor de sus soles sobre la magna arquitectura que expone, sereno — en su olímpica grandeza — al asombro de sus contemporáneos y á la admiración de las edades! La colosal construcción podría abrumarnos con su grandeza, poniendo de manifiesto las limitadas proporciones de nuestra capacidad individual; pero en tales casos, acudamos al ideal, cuya noble belleza tiene capacidad para levantarnos de nuestro desvallecimiento y señalarmos otra vez la cantera inagotable, que está ahí, á nuestro alcance, ofreciendo á cada uno el pedazo de piedra que ha de labrar, según su capacidad, para el monumento venidero que otro genio del porvenir levantará á su vez.

La obra del estudioso concebida así, como la contribución individual en una tarea colectiva, tiene una gran significación moral, en cuanto, por una parte, estrecha los vínculos intelectuales y los de la simpatía con todos cuantos se saben empeñados en la misma obra, y en cuanto, por otra parte, estimula los sentimientos de amor hacia la humanidad, para cuya mejora y bienestar se siente cada uno trabajando.

En los diversos campos de la acción, ésta toma, á su vez, diversas formas; á aquéllos y á éstas responden las variadas aptitudes que la universidad pretende formar y robustecer; pero cualquiera que sea la parcela que toque á cada uno cultivar, sabiendo estarán todos que labran sobre la tierra de la heredad común, y que renueven con sus fuerzas, tradiciones y recuerdos, viejos amores, mezcla de gloria regocijante y de dolores cruentos; enseñanzas, todas, útiles para la nueva tarea, y que en virtud de ser la resultante de un pasado siempre querido, por ser propio, aviva el sentimiento de la solidaridad en la obra de laborar sobre el campo amado de la patria, con el ideal de su grandeza colocado al frente, para sacudir, al invocarlo, el temor de toda impotencia personal, á la manera como el creyente religioso aleja de su espíritu todo temor supersticioso, colocando junto á la cabecera del lecho el símbolo consagrado de su fe.

En el concepto de superioridad moral y material de un pueblo, en el concepto de su grandeza, deben comprenderse ideas y sentimientos capaces de alimentar el fuego sagrado del esfuerzo hasta el sacrificio, y de la abnegación hasta el martirio; y la historia nacional, apenas centenaria, ofrece al estudioso ejemplos no escasos que demuestran con abundante prueba que nuestro pueblo los ha inspirado en pensamientos de redención, apoyados en sentimientos de alta justicia, de amor ardiente por la causa popular y de noble y estrecha solidaridad internacional, con fines de paz y bienestar general. En el conjunto de tareas cumplidas y por cumplirse que se comprenden en

el enunciado global que dejó expresado ¿cuál será la aptitud que no encuentre aplicación? ¿Cuál la capacidad que no se sienta llamada para la labor común?

No todas las inteligencias, mejor dicho, no todos los espíritus se inclinan, por suerte quizá, hacia la misma tendencia, y son innumerables las aficiones que, á su vez, los inducen por un camino ú otro; pero en la enorme extensión que abarca la tarea de la colmena espiritual, pueden señalarse dos grandes corrientes de labor científica, caracterizadas y determinadas por A. Comte dentro de dos leyes vigentes del progreso del espíritu humano: primera, la ley del progreso hacia la ciencia; y segunda, la ley del progreso en la ciencia. Según la primera ley, el trabajo es crítico, destructor, por definición, y se contrae á eliminar, por demolición gradual, «la síntesis imaginativa por la cual ha comenzado la civilización». Tomo las palabras expresivas de Ed. Caird. Es, pues, la obra abordada por los hombres inclinados al análisis de las pretendidas verdades proclamadas, y en las que se busca la parte de verdad que ha de quedar, y la parte de error que ha de eliminarse. Tarea ruda, á las veces, como que requiere el uso de instrumentos mentales más templados y resistentes que la piqueta con que el hombre del músculo derriba los muros de vieja construcción hecha de piedra por hábiles manos antiguas y convertidos en bloque casi inabordable, por la acción de los siglos, avaros de su testimonio. Las construcciones mentales, tienen, á veces, una trabazón más perfecta y cimientos más profundos que esos muros, como que tienen su arraigo en las entrañas mismas de la humanidad.

Con mencionar la tarea crítica de despejar errores, que rige la ley enunciada, queda indicado el vastísimo campo abierto por esa faz del estudio á los universitarios: eliminar gradualmente el error; limpiar de malezas el momento de la ciencia. Hay programa para muchas vidas; hay obra para ilustrar muchos nombres; hay promesa para aliviar muchos dolores y suprimir mucha miseria en lo físico y en lo moral.

La segunda ley, la del progreso en la ciencia, corresponde á la función de «construcción» gradual de la síntesis científica á la que la civilización «debe llegar». Se ve, al simple enunciado, la nobleza de la tarea, no menor que la otra y acaso más grata y eficiente porque no ha de ir necesariamente como aquélla, matando, si es preciso, viejos recuerdos humanos, leyendas que encantaron las primitivas edades, tradiciones de ayer que explicaban misteriosos arcanos de los cielos y de la tierra, con la sencillez candorosa de la credulidad infantil; y hasta ilusiones y esperanzas que sembraron bardos y poetas sobre el campo que el error pasado había preparado para la humanidad que llegaba. No; esta corriente de trabajadores tiene tarea de construcción. Ha de colmar con fatigoso empeño las lagunas que la otra corriente ha descubierto; ha de construir nuevas creencias y ha de levantar otros altares; ha de poner un ideal nuevo allí donde se derribó un ídolo y se apagó una fe.

Jóvenes graduados: Llevad el recuerdo de la casa hospitalaria que se ha regocijado con las alegrías de vuestras almas juveniles, y que

ha compartido con fraternal cariño los pasajeros sinsabores de los primeros pasos en el camino hacia la altura; no os dejéis tentar por engañosos halagos que pudieran inducirlos á reclinarse al borde del camino para esperar las nuevas que os traiga, á su regreso, el viandante que pasó afanoso á vuestro lado, en viaje á la montaña de la luz; marchad también hacia ella con vuestro ideal por norte, á la conquista de la verdad, para llevar vuestro aporte á la obra colectiva.

Ah! Si cada uno de vosotros eligiera bien su piedra, y la labrara á buen compás y á escuadra, ¡con cuánto júbilo ascenderíamos todos siguiéndoos hacia la cúpula del monumento futuro, presentido por la fe en el triunfo definitivo de la ciencia, y en la grandeza de nuestro pueblo, feliz, si gracias á sus jóvenes generaciones, logra alcanzar las alturas de la verdad, para gozar del bien no igualado de sus placeres!